

«Una historia original, fascinante y profundamente conmovedora sobre las distintas formas en las que las personas buscan la libertad.» TERRY WAITE

ANDY WEST

LA VIDA

EN LA

SOMBRA

FILOSOFÍA  
EN LA CÁRCEL

*Ariel*

Andy West

# La vida en la sombra

Filosofía en la cárcel

Traducción de Julio Hermoso

*Ariel*

Título original: *The life inside. A Memoir of Prison, Family and Philosophy*

Primera edición: febrero de 2024

© Andy West, 2022

© Julio Hermoso, por la traducción, 2024

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-344-3734-0

Depósito legal: B. 1.074-2024

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## Índice

|  |     |
|--|-----|
| <i>Nota del autor</i> .....                | 13  |
| La identidad .....                         | 15  |
| La libertad .....                          | 19  |
| La vergüenza .....                         | 28  |
| El deseo .....                             | 39  |
| La suerte .....                            | 44  |
| La felicidad .....                         | 69  |
| El tiempo .....                            | 96  |
| La locura .....                            | 112 |
| La confianza .....                         | 132 |
| La salvación .....                         | 154 |
| El olvido .....                            | 179 |
| La verdad .....                            | 186 |
| La mirada .....                            | 202 |
| La risa .....                              | 205 |
| La raza .....                              | 223 |
| Las rejas .....                            | 243 |
| El cambio .....                            | 266 |
| Las historias .....                        | 287 |
| El hogar .....                             | 309 |
| La bondad .....                            | 331 |
| <br>                                       |     |
| <i>Fuentes y materiales de clase</i> ..... | 359 |
| <i>Agradecimientos</i> .....               | 361 |

## La identidad

Justicia: estar siempre dispuesto a reconocer que el otro es algo bastante distinto de lo que interpretamos cuando lo tenemos delante.

SIMONE WEIL

El hombre que tengo a mi lado en el ascensor guarda un asombroso parecido con mi padre, al que hace veinte años que no veo: desde que lo metieron en la cárcel. Es de corta estatura, tiene amarillentas las yemas de los dedos, y la chaqueta le viene tan grande que las mangas le llegan por los nudillos. Ya he visto en ocasiones a otros hombres que se parecían a mi padre cuando iba en el autobús o en el tren, o plantados ante el urinario en los servicios de algún pub. Los he visto en Londres, en Mánchester, en Berlín y en Río de Janeiro.

En el ascensor observo a este hombre y reconozco ese gesto de mandíbula siempre encajada, el resuello enfisémico al respirar. Tiro del puño de la camisa sobre la muñeca para ocultar mi reloj y le pregunto qué hora es. No me responde con acento de Liverpool, así que no es mi padre. Tampoco lo era el hombre de Alemania ni el de Brasil. Subimos otras cinco plantas en silencio. El ascensor se detiene, se abren las puertas y el hombre sale.

Mañana por la mañana voy a entrar por primera vez en una cárcel. Voy a dar clase de filosofía en un centro penitenciario masculino. Hace unos meses escribí un artículo en el *Guardian* sobre la enseñanza de la filosofía, y allí mencionaba que mi padre, mi hermano y mi tío habían cumplido condena. El mes pasado, un filósofo que se llama Jamie, de una universidad local, me pidió que diera clases con ellos en la cárcel. Supongo que me han invitado a trabajar en el proyecto porque encajaré bien culturalmente, porque tal vez sea capaz de comprender la lógica del recluso de un modo en que no lo haría la mayor parte de los que se ciñen a la letra de sus tratados filosóficos. Desde que Jamie me pidió que trabajara con ellos, le he echado el ojo a un par de botas negras, de esas bien pesadas que te llegan por el tobillo, que hay en el escaparate de una tienda. Estamos en primavera, y tengo la costumbre de ponerme unos zapatos de estilo Oxford, con sus cordones y un cuero suave, con los vaqueros desgastados con el bajo vuelto un par de veces hacia fuera. Esta tarde he ido a la zapatería. Solo tenían las botas en un cuarenta y cinco; yo calzo un cuarenta y cuatro, pero tampoco es algo que me importe, así que me las he comprado.

La mañana siguiente, Jamie y yo ya hemos dispuesto las sillas en un círculo y estamos esperando a nuestros alumnos. La clase hace también las veces de aula de arte, y es igual que las típicas de mis días de colegio salvo por los barrotes de las ventanas y porque los lápices, los pinceles y cualquier otra cosa con un extremo puntiagudo se guardan bajo llave en armarios bien candados.

Echo un vistazo a las páginas de nuestro plan de clase sobre la teoría de la identidad de Locke. Me imagino a mi padre tratando de entender aquello y tacho párrafos enteros con un bolígrafo rojo.

—Hay que hacer esto accesible —le digo a Jamie—. Va a haber un montón de tíos sin estudios, gente que no terminó el colegio. Mejor no aturullarlos.

Oigo los golpes metálicos de unas puertas pesadas que se

abren y el eco de las voces de unos hombres en el pasillo ante el aula. Ya vienen nuestros alumnos. Llevo mis botas nuevas; cómo brillan las puntas, de estreno, como en un primer día de cole.

Un hombre se acerca a la puerta.

—¿Esto es psicología?

Viene con un aliento mañanero y los ojos inyectados en sangre.

—Filosofía —le digo.

Se encoge de hombros, entra y toma asiento.

Llega otro que me estrecha la mano con fuerza suficiente para rompérmela, con la mirada perdida más allá de mi hombro. Luego otro más con la piel cetrina y las encías retraídas. Otro agarrado a una bolsa de plástico con un letrero impreso que dice «Leeds University»: está rajada por la junta, pero el tipo sigue llevando en esa bolsa sus libros de la biblioteca. Un hombre de rostro redondeado que tiene un aspecto esquelético en la foto de su tarjeta identificativa. Voy recorriendo el grupo para presentarme, y los pies me duelen tanto que se me nota en la cara. Las botas me están haciendo una rozadura, siento el pinchazo de las ampollas en los talones. Siguen llegando más hombres, hasta que tenemos doce. Jamie y yo echamos un último vistazo a nuestras notas para la clase de hoy.

—Accesible —vuelvo a decir.

Se sientan en un círculo y les explico el pensamiento de Locke.

—Eso está mal —dice un alumno que se llama Macca.

—¿Perdón? —digo.

—A Locke no le importaba solo la memoria. —Señala mi pizarra blanca—. Más bien la consciencia.

Doce pares de ojos me están mirando. Me acerco a la pizarra blanca, de puntillas para evitar el dolor agudo en los talones, borro la palabra «memoria» y escribo «consciencia». Se echan a reír y cuchichean entre ellos. Intento explicarles las ideas de Locke otra vez y me desplazo únicamente

en pasitos muy cortos, con cuidado de no plantar el pie entero en el suelo. Unos minutos después, otro alumno que acaba de sacarse un título a distancia nos cuenta que Rousseau podría estar en desacuerdo con Locke. A los veinte minutos de clase ya nos hemos quedado sin material. Desde el otro extremo del aula, Jamie cruza una mirada conmigo, y entre nosotros resuena el eco silencioso de la palabra «accesible».

Jamie pone a los alumnos a trabajar en grupos reducidos y me sugiere que nos dirijamos hacia la mesa del rincón de la sala para comentarlo. Arranca hacia la mesa y yo voy detrás de él, de puntillas.





tas del interior del centro y los internos se desplazan desde las celdas hasta las aulas, los talleres u otras actividades. Unos minutos más tarde llegan los alumnos a mi clase. Entra un hombre de cuarenta años que se llama Zach. Calza unas zapatillas de lona y suela fina con cierre de velcro, las que el centro penitenciario facilita a los internos que no tienen zapatos propios. Lleva el jersey amplio remangado hasta los codos y deja a la vista decenas de cicatrices horizontales que descienden desde la parte alta del antebrazo. Zach iba a tener una vista para la condicional el mes pasado, pero justo el día anterior le dio un puñetazo en la cara a un trabajador sanitario.

Otros alumnos van entrando con cuentagotas. En la puerta aparece uno que se llama Junior; es alto y la camiseta ajustada de tirantes en color rosa pálido realza la redondez de los hombros y los pectorales. También calza un exclusivo par de zapatillas Nike. Hace unas semanas, otro hombre preguntó a Junior un «y tú de qué vas», y él le respondió: «Soy un emprendedor».

Pone un pie en el interior de la aula y me estrecha la mano.

—Un placer estar de vuelta, señor —dice con una voz cavernosa.

Lleva las cejas perfiladas en los extremos. Se adentra y le da la mano a todo el mundo sin dejar de mirarlos a los ojos ni de llamarlos «señor».

Junior toma asiento al lado de Zach y estira las piernas bien abiertas. Zach cruza los brazos sobre la barriga.

Wallace es el último en llegar. Camina erguido, sin sacar pecho pero sí confiado con la protección que le ofrece ese cuerpo suyo con forma de barril. Se sienta al lado de Junior aunque no le dice una palabra. Wallace no se relaciona con la mayoría de la gente. Ya ha cumplido dieciséis de los veinte años de su condena. No utiliza el gimnasio, prefiere entrenar solo en su celda. Todos los días escribe una carta a su hijo.

Finaliza la libre circulación. Cierro la puerta.

Me siento en el círculo con el resto de los hombres, les digo:

—En la epopeya de Homero, Odiseo volvía de la guerra de Troya capitaneando su barco de regreso a casa, en Ítaca, cuando se cruzó con las sirenas, unas criaturas mitad humanas, mitad aves, que vivían en las rocas en medio del mar. Entonaban un canto tan bello que todo aquel que lo oía quedaba embriagado de amor y saltaba por la borda para nadar hacia el origen de aquel sonido. Las sirenas se alimentaban de los marinos enloquecidos.

»No hay hombre que haya oído jamás el canto de las sirenas y que haya vivido para contarlo. Odiseo ordena a su tripulación que se tape los oídos con cera para no caer presa del hechizo y, así, los marinos podrán seguir con sus quehaceres habituales, preparar la comida u organizar los cabos de la nave.

»Pero tendrá que haber alguien que pueda oír cuándo ha terminado la música, no vaya a ser que los hombres se quiten la cera demasiado pronto. De modo que Odiseo indica a los suyos que lo aten al mástil: así podrá oír el canto sin saltar por la borda. También les dice que no obedezcan ninguna orden que él les dé para que lo desaten.

»Se hacen a la mar y Odiseo oye aquella música, que le llega muy dentro y lo domina. Siente que el deseo lo invade y suplica que lo desaten, pero la tripulación no le hace caso y continúa con sus deberes cotidianos. Uno de los hombres lleva tanto tiempo navegando, que su añoranza del hogar se ha convertido en una especie de entumecimiento, ya no siente nada. Al ver lo apasionado que parece Odiseo, quiere saber cómo suenan las sirenas, así que deja la tarea que tiene entre manos, se quita la cera de los oídos, la melodía lo embriaga y salta por la borda hacia la muerte.

»El barco deja atrás a las sirenas y la tripulación desata a Odiseo, que desde ese día lleva un dolor en el corazón, ya que jamás volverá a oír nada tan bello como aquel canto.

—Las sirenas son el *crack* —dice Zach—. Si hasta están ahí en unas piedras.

El grupo se ríe, todos excepto Wallace.

Entonces pregunto:

—Tenemos a los marinos con la cera en los oídos, a Odiseo y a ese hombre que se quita la cera. ¿Cuál de ellos era el más libre de todos?

Le paso a Wallace la bolsita de judías del tamaño de un puño que utilizo a modo de testigo para el que tiene la palabra.

—Los hombres que se han puesto cera en los oídos, esos son los más libres de todos —asegura—. Esos siguen a su rollo. Igual que nosotros aquí dentro, que no tenemos que hacer cosas como pagar facturas ni llevar a los niños al colegio. Yo tengo libertades que ellos no tienen.

—¿Como cuáles?

—Me libro de elegir, igualito que el hombre con la cera en los oídos.

Junior se inclina hacia delante en su silla y le dice a Wallace:

—Pero si no tienes elección, entonces no eres libre.

—Ahí fuera hay demasiadas formas de meterse en líos —replica él—. Aquí dentro me puedo centrar.

Un momento después pregunto a Junior:

—¿Qué hombre crees tú que es libre?

—Odiseo —contesta—. Es el rey. La gente tiene que hacer lo que él diga.

—Pero si no se puede estar más atrapado que Odiseo —le rebate Wallace—. Da igual lo bien que le vayan las cosas, siempre está con el ansia de querer algo mejor, y nunca habrá nada que vaya a ser suficiente.

—Pero Odiseo ha hecho algo con su vida.

—Cada vez que recuerde lo que ha hecho se sentirá atormentado. Eres más libre en una celda.

—Si los hombres con los oídos tapados con cera no lo pasan mal como Odiseo es solo porque nunca han hecho nada con su vida. Son unos curritos —insiste Junior.

—Siguen trabajando duro para poder hacer lo que tengan que hacer cuando lleguen a casa.

—¿Y de qué les sirve volver a casa si es así como van a vivir?

Entrego la bolsa de judías a un alumno que se llama Keith. La deja en su regazo y dice:

—Muy bien... Hay varias maneras de plantearnos esto.

Cuando empecé en la cárcel, el bibliotecario me contó que Keith lleva cumplidos trece años de sentencia, que vive en una celda individual y que se termina un libro cada dos o tres días. Keith tiene un fuerte acento obrero de Glasgow y utiliza con toda naturalidad palabras como «nomenclatura».

—Podríamos verlo desde una perspectiva neurocientífica —dice.

Habla con esa velocidad tan habitual en los autodidactas, como si deseara quitarse de encima la carga de su propio pensamiento, pero hay otros alumnos que están empezando a repanchingarse en la silla y a mirar al suelo.

—El que salta por la borda es libre como lo es el bufón en Shakespeare; es libre de un modo en que no lo es el rey —prosigue Keith.

Quiero interrumpirle. Me encantaría interrumpirle. Para mí, interrumpir a la gente es una de las ventajas de ser profesor. Fuera de mi vida profesional soy una persona de voz contenida y pausada que se ve constantemente interrumpida por esa otra gente que habla deprisa y en voz más alta, y una de las razones por las que doy clase es porque puedo interrumpir a los demás de manera legítima y cobrarle mi venganza. Keith continúa hablando:

—La física cuántica nos dice que las cosas, en realidad, no están determinadas —dice, pero me veo incapaz de interrumpirlo.

¿Cómo le dices que «el tiempo apremia» a un hombre que lleva trece años viviendo en una celda?

Finalmente, Keith me devuelve la bolsita. Zach ha escondido las manos dentro de las mangas del jersey. Le pregunto qué piensa él.

—El hombre que saltó del barco —afirma.

—Estaba hechizado. No puede ser libre —dice Junior.

—Pero a lo mejor necesitó coraje para ceder a la atracción de las sirenas. A lo mejor fue el único lo bastante valiente para aceptar su libertad —replica Zach.

—Quería escapar, pero al final hizo lo mismo que si te escaparas de tu celda para subirte al tejado. ¿Adónde vas después? Estás más jodido que dentro de la celda.

—Saltó por la borda porque se dio cuenta de que eso era lo más libre que podía ser en su situación.

—Saltó porque dio por perdida la libertad.

Transcurrida una hora de clase, llega el momento de que estos hombres se tomen un descanso para estirar las piernas. Abro la puerta del aula, pero un funcionario que está en el pasillo me dice que debo cerrarla y mantener a todo el mundo dentro. Se ha producido un incidente en uno de los rellanos donde están las celdas: un interno ha saltado a la rejilla en señal de protesta. Unas rejillas metálicas separan por pisos el hueco de los rellanos del módulo de la prisión e impiden que la gente arroje objetos desde arriba o que salten para quitarse la vida. Cuando un interno salta a una de estas rejillas, los funcionarios no pueden ir a prenderlo por motivos de seguridad, y si no son capaces de convencerlo para que salga de ahí, deben enviar a un

equipo especial de intervención ataviado con cascos y escudos.

El funcionario me cuenta que ese hombre está a punto de ser deportado a Venezuela para cumplir allí su condena y no quiere irse. Ha saltado a la rejilla para añadir un tiempo más de condena en este centro penitenciario.

Cierro la puerta y la apestillo. Nos tomamos nuestro descanso de quince minutos dentro del aula. Zach saca la mano entre los barrotes y abre unos centímetros la ventana. Junior se ha acercado a la pizarra blanca y ha utilizado uno de mis rotuladores para pintar un diagrama y explicar a otros cuatro internos cómo hacerse millonario con bitcoins. Les está contando lo que tienen que hacer para poder permitirse un Rolex o un Mercedes en cuestión de seis meses.

Viene hacia mí un hombre que se llama Gregg. Una cicatriz enrojecida le atraviesa la barba pelirroja de varios días.

—La filosofía esta, ¿de qué va? —pregunta.

—Bueno —le digo—, es una palabra del griego antiguo que signif...

—¿Qué se hace con ella? ¿En qué se trabaja?

—Tengo amigos, conocidos, que ahora mismo trabajan en la City de Londres, según creo.

—¿En qué trabajas tú?

El hecho de que me esté preguntando esto justo después de haberle dado clase me hace pensar que la respuesta «profesor de filosofía» no va a servir de mucho.

—Hay gente que hace cursos de posgrado para estudiar Derecho después de sacarse el título de Filosofía.

Gregg me clava una mirada expectante, como si tan solo le hubiera dicho la mitad de lo que tengo que contarle.

—¿Quién crees tú que es el más libre de todos en esa historia de las sirenas? —le pregunto.

—Ninguno. Es mentira todo eso de la libertad. Solo un idiota se creería lo que dicen los liberales.

Wallace permanece en su silla y no habla con nadie durante los quince minutos enteros que dura el descanso. Hace unas semanas hubo un problema de seguridad en el centro y los hombres tuvieron que pasarse veintitrés horas al día metidos en sus celdas; solo salían una hora para lo que en el régimen penitenciario se llama «relación»: un rato en que se les permite salir de la celda para llamar por teléfono, ducharse, charlar unos con otros y estirar las piernas. Muy a menudo, cuando se anunciaba ese momento para relacionarse, Wallace se quedaba en su celda, tumbado en la cama leyendo un libro.

Los alumnos vuelven a tomar asiento en el círculo.

—El filósofo Epicteto nació en la esclavitud, pero estaba convencido de que en esencia no había dejado de ser libre —les digo—. Afirmaba que las cadenas eran una limitación para su cuerpo, pero no para su capacidad de elección.

—Puedes seguir siendo libre mentalmente —dice Wallace.

—Epicteto creía que podías aprender a ser libre si antes comprendías qué puedes controlar y qué no —les digo.

—Todas las noches, cuando los boquis hacen la ronda para cerrarnos la celda hasta la mañana siguiente, yo cierro la mía antes de que le dé tiempo a hacerlo a él —dice Wallace.

—¿Para tener el control? —le pregunto.

—Por el mismo motivo por el que siempre termino las llamadas de teléfono un minuto antes de que el boqui venga a decirnos que ya hay que colgar.

—¿Qué pasa si no lo haces?

—Que haré algo de lo que me voy a arrepentir. Hace unos años vi a un tío que seguía hablando por teléfono después de que el boqui le hubiera dicho que colgase. Un funcionario le plantó el dedo en el aparato. Si me llega a pasar eso a mí, sé que le habría soltado un puñetazo a alguien, así que nunca me permito llegar a esa situación. Cuelgo antes.

—¿Eso es libertad?

—Facilita las cosas —responde Wallace.



Media hora después, un guardia grita ante la puerta «libre circulación», lo que indica el final de la clase. Abro y la mayoría de los hombres salen arrastrando los pies, pero algunos se quedan. Uno de ellos me señala el moreno de la cara y me pregunta dónde he estado. Intento recortar al máximo mis respuestas, preocupado por que un grupo de presidiarios se pueda sentir herido al oír hablar sobre las playas tropicales de Phuket y sus fiestas a la luz de la luna llena, pero no dejan de preguntarme y de pedirme más información.

—¿Has ido a bucear?

—¿Qué parte te ha gustado más?

—¿Vas a mudarte allí?

Entonces va uno y me suelta:

—¿Has ido con tu novio?

Estudio su rostro en busca de un gesto irónico, pero no lo hay. Está siendo sincero.

—Esta vez he ido solo —le digo.

Siguen haciéndome preguntas sobre Tailandia. Algunos han estado en Bangkok y quieren saber si tal o cual karaoke sigue abierto. Me preguntan si conseguí un buen precio en los vuelos, si tuve cagalera mientras estaba allí. Según voy respondiendo a sus preguntas me planteo la posibilidad de dejarles caer que tengo novia, pero el ambiente en el aula es ahora mismo tan tolerante y tan cordial que no me atrevo a decirles que no soy gay.